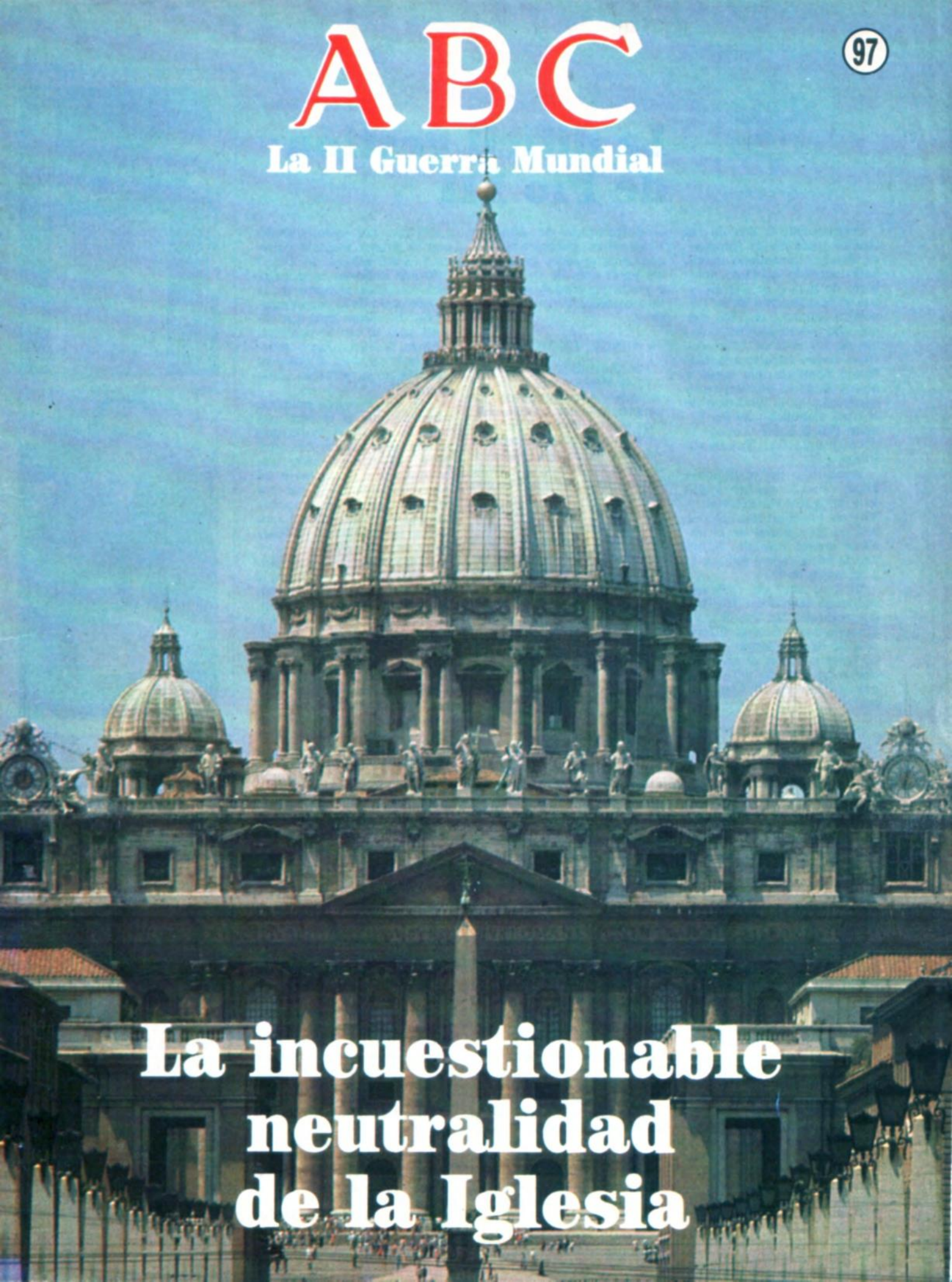
ABC
La II Guerra Mundial
97



La incuestionable neutralidad de la Iglesia

La difícil gestión de Pío XII

Perteneciente a una da las familias tradicionales romanas, su abuelo Marcantonio Pacelli había recibido un título nobiliario de manos de Pío IX y, tras el hundimiento de la República Romana, en 1848, había sido nombrado responsable de los asuntos interiores en el recién estructurado Gobierno pontificio que siguió a aquel hecho, participando igualmente en la fundación de «Civiltá Cattolica». Su tío Ernesto Pacelli había ocupado la presidencia del Banco de Roma.

Tercer hijo del matrimonio Filippo Pacelli, médico forense y abogado consistorial, y Virginia Graziosi, miembro de una de las familias de la nobleza media romana, había nacido en la capital italiana el 2 de marzo de 1876.

El 2 de abril de 1899 fue ordenado sacerdote, tras haber realizado sus estudios en el renombrado Colegio Capranica de Roma y haber obtenido posteriormente el grado de doctor en Filosofía y Teología por la Universidad Gregoriana.

DOTES DIPLOMÁTICAS

En seguida, gracias a su amigo y protector el cardenal Vannatelli, comenzó a despuntar en la pujante diplomacia vaticana de tiempos del pontificado de León XIII. Ya en 1901 el citado Pontífice le nombró representante de la Santa Sede para testimoniar personalmente el pésame papal a Eduardo VII de Inglaterra por la muerte de la Reina Victoria.

Durante el siguiente pontificado de Pío X tomó parte activa en la codificación del Derecho Canónico emprendida por entonces. Su fama de profundo conocedor de la legislación canónica (que había llevado, incluso, a que la Universidad Católica de Washington le ofreciera, en 1908, la cátedra de Derecho Romano) condujo a que, hacia el final de aquel pontificado, se le encomendase la tarea de acordar un nuevo Concordato con Serbia, concluido finalmente en junio de 1914.

Durante la Gran Guerra, el sucesor de Pío X, Benedicto XV, le nombró secretario del Departamento de Asuntos Eclesiásticos, encomendándole que centrase todos sus esfuerzos en la obra de pacificación y ayuda emprendida por el futuro cardenal Federico Tedeschini.

NUNCIO EN MUNICH

Fue durante la difícil primavera de 1917 cuando recibió el espinoso nombramiento de nuncio vaticano en Munich. Una vez instalado en la capital bávara se propuso ganar la voluntad del káiser Guillermo II, para de este modo hacer factible una paz pactada con Europa.

El 30 de junio de 1920 adquirió Eugenio Pacelli la categoría de nuncio para toda Alemania, iniciando inmediatamente las negociaciones que habían de llevar la firma de un Concordato con todos los Estados que formaban la República de Weimar. Efectivamente, debido a que la estructura política de Weimar no hacía posible la elaboración de un único y global acuerdo válido para toda la República, tuvo que poner en marcha negociaciones por separado con cada uno de ellos.

El 29 de marzo de 1924 fue finalmente firmado el acuerdo concordatorio con Baviera. Tras cinco años de enormes dificultades se logró otro tanto en Prusia (junio de 1929).

Durante los días finales de febrero de 1930 fue nombrado por Pío XI, en sustitución del octogenario monseñor Gasparri, cardenal secretario de Estado. Cargo que no dejaría ya hasta su elevación a la silla papal.

Desde aquel puesto de máxima responsabilidad dirigió tanto la negociación de un nuevo Concordato —esta vez de carácter global— en el nuevo Gobierno nazi, con el que, al menos sobre el papel, se salvaguardaban los derechos y libertades religiosas de la minoría católica alemana.

El 2 de marzo de 1939 era elegido Eugenio Pacelli cabeza de la Iglesia católica. Con él, pues, ocupaba la sede de Pedro una persona de amplísima experiencia en el difícil mundo de las relaciones diplomática vaticanas del período de entreguerras.

No fue, por tanto, extraño que su primer mensaje público (13 de marzo de 1939) estuviese dedicado en su práctica totalidad al tema de la preservación de la paz internacional. El mismo lema que eligiera para su escudo pontifical —Opus Justitiae, Pax— reflejaba cuál iba a ser la principal cuestión de su actividad como Pontífice.

Así, en el citado mensaje afirmaba ante el mundo, con toda la autoridad moral que su alto cargo espiritual le otorgaba: «Deseamos añadir una invitación y un augurio de paz. Hablamos de la paz por la que nuestro predecesor ofreció su vida, la paz que une a los pueblos y naciones en su amor fraternal...

»Rogamos a Dios por todos los que ejercen autoridad y soportan la carga de encaminar a sus pueblos por el camino de la paz. Nos invitamos a todos los hombres de la paz, de la paz de las conciencias tranquilas en la amistad con Dios, la paz de las familias unidas y concordes con el único amor de Cristo; paz, por último, entre las naciones mediante la mutua ayuda fraterna, amistosa colaboración y entendimiento cordial por los supremos intereses de la gran familia humana bajo la mirada y protección de la Divina Providencia, y, en estas horas agitadas y difíciles, la paz, la más honda aspiración de los corazones.»

LABOR PACIFICADORA

Para promover tal labor de pacificación, Pío XII contaría como máximo colaborador con el cardenal Maglione, designado nuevo secretario de Estado. Este sería, hasta su muerte (acaecida en 1944), el verdadero segundo hombre en las más altas instancias del gobierno vaticano. Tras su desaparición, su puesto quedaría vacante, siendo en su lugar nombrados, con el cargo inferior de prosecretarios de Estado, los monseñores Montini y Tardini.

Durante los meses de marzo a septiembre de 1939, el nuevo Papa actuó de acuerdo con la idea de hacer de la Santa Sede el interlocutor válido para alcanzar una mediación que solucionase de forma pacífica los graves conflictos que enfrentaban a las potencias europeas.

Aquél fue el objetivo que pretendió con la carta enviada a Adolfo Hitler en marzo del mismo año; juntamente con los esfuerzos por hacer posible un acercamiento entre Francia e Italia emprendidos, con el apoyo total del Papa, por el nuncio en Berna, monseñor Bernardini.

Las referidas iniciativas desembocaron en el proyecto —finalmente fallido— de reunir a Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia en una Conferencia internacional que, reunida durante el mes de abril bajo los auspicios de la Santa Sede, resolviera pacíficamente unas diferencias que, cada vez con mayor claridad, hacían presagiar un choque armado en todo el continente.

Aquello mismo, una vez fracasado este proyecto, fue lo que motivaron las urgentes gestiones que personalmente emprendió Maglione durante

Pío XII hubo de afrontar la dramática coyuntura de dos guerras mundiales, la Primera como nuncio en Munich y la Segunda como Pontífice

el mes de agosto con el Gobierno polaco para forzar a este último a que buscase una vía de solución pacífica con el Reich alemán en el contencioso de Danzing.

Con el inicio de la guerra, y conforme con lo que había sido la postura exhibida por la Santa Sede durante el período de crisis anterior al inicio de las hostilidades, el Vaticano pretendió asegurarse un papel de neutralidad que le permitiera servir de elemento de aproximación entre los frentes entonces ya en abierto conflicto.

Junto a ello intentó a toda costa mantener relaciones oficiales con los países beligerantes sin enajenarse a ninguno, habida cuenta que tanto unos como otros –agresores y agredidos– contaban con comunidades católicas importantes. Desde luego, aquella era la situación de Alemania e Italia, con una población católica importante en el primer caso y con una mayoría católica en el segundo.

Todo lo anterior vino a explicar el difícil equilibrio que, durante toda la guerra, tuvo que mantener la Santa Sede para no romper diplomáticamente con unos países con los que, en muchos casos, chocaba en lo referente a su significación ideológica y a los métodos que pusieron en práctica.

DIFÍCIL NEUTRALIDAD

Realmente, lo que se debatía era la adopción de una táctica de neutralidad ante el conflicto, considerado como indispensable para asegurar el cumplimiento de los fines temporales de la Iglesia. Esta, y por ello el Papado, como madre de todos los fieles y de todos los hombres, no reconocía límites políticos para desarrollar su labor en defensa de los derechos inalienables de la persona y, muy particularmente, de los fieles católicos.

A diferencia de las potencias beligerantes, para las que era evidente la distinción entre países amigos y países enemigos, para la Santa Sede aquella era en buena medida una «guerra sin frentes».

Debía, por tanto, promover todo tipo de ayudas en favor de los que sufrían, así como evitar romper los cauces jurídicos de diálogo con unos países en los que podía verse amenazada la suerte de la Iglesia y de los católicos.

En lo que respecta al III Reich, la actitud de la Santa Sede no varió sustancialmente con la que había mantenido con anterioridad al estallido de la guerra, con la salvedad de que ésta no hizo sino desarrollarse con un mayor sentido de urgencia. Dicha actitud puede condensarse en las siguientes ideas: condena del nazismo en lo doctrinal y reconocimiento del Estado alemán como poder constituido.

Como habíamos visto, éste era el medio considerado como más adecuado para defender en lo posible los derechos de la Iglesia católica alemana.

Con ello, la Santa Sede, además, parecía querer distinguir en su condena al nazismo como doctrina inspiradora de aquel Estado, que rechazaba tajantemente, del pueblo alemán y, por supuesto, de los católicos alemanes. Hecho que, por otro lado, obedecía a la distinción entre orden legal de la que era consecuencia la fórmula clásica del derecho público cristiano del «respeto al poder constituido», y orden legítimo, que hacía referencia a la necesidad de ajustar los fines del Estado a la existencia de unas normas morales naturales que el gobernante estaba obligado a respetar.

CONDENA AL NAZISMO

La condena del nazismo había sido realizada ya por Pío XI por medio de la encíclica «Mit Brennender Sorge» (19 de marzo de 1937). El malestar causado por la misma y la fuerte tensión diplomática que motivó con el Estado alemán fue la causa de la pronta actitud de distensión con Alemania propiciada, desde el mismo inicio de su pontificado, por Pío XII, como demostraba la ya citada carta enviada por el primero al canciller germano en marzo de 1939.

No obstante, las condenas continuaron ininterrumpidamente durante toda la guerra, como reflejaron una serie de alocuciones papales iniciadas con la publicación de la encíclica inaugural de su pontificado, la «Summi Pontificatus» (p.e...: «Nell'alba», 1942; «Videamus nobis», 1942; «Nell acogliere», 1945...).

Junto a ello, el verdadero caballo de batalla de la diplomacia pontificia radicó en la defensa de la validez del Concordato de 1933 y en las obligaciones que, en virtud de éste, había contraído el Estado alemán con la Iglesia católica.

Como a este respecto afirmaba el mismo Pío XII años más tarde ante el Sacro Colegio Cardenalicio (2 de junio de 1945), y con el fin de disipar dudas surgidas en relación con la actuación de la Iglesia durante la guerra: «En modo alguno (se pretendió) aprobar la doctrina y las tendencias del nacionalsocialismo, sino (se buscó) parapetarse en «una base jurídica de defensa contra las olas siempre crecientes de la persecución religiosa».

Con dicho Concordato, al menos en un plano formal, garantizaba unas sólidas bases

jurídicas sobre las que fundamentar la libertad de la Iglesia que lo demostraría, después de la guerra, el hecho de que fuese ese mismo texto el utilizado para regular las relaciones entre la Iglesia y la nueva República Federal Alemana.

Básicamente fueron las mismas pautas las que presidieron las relaciones entre la Santa Sede y el Estado fascista italiano. Pautas que consistieron en lograr, por parte de éste, el reconocimiento de los derechos de la Iglesia y de los compromisos contraídos jurídicamente con aquélla.

Efectivamente, los Pactos Lateranenses de febrero de 1929 vinieron a significar que la Iglesia católica, según el criterio de la Santa Sede, estaba dispuesta a reconocer la legitimidad de Mussolini en la medida en que éste, a su vez, reconociera los derechos de la Iglesia tal y como habían quedado reflejados en el Concordato que ambos poderes acababan de acordar.

Fundamentalmente, al Pontífice –Pío XI entonces– y a la jerarquía eclesiástica italiana les preocupaban las posibles medidas limitadoras de la libertad de la Acción Católica, principal instrumento de acción social de los católicos en la vida pública italiana.

A su vez, la jerarquía, en coincidencia de criterio con la Sana Sede, se comprometía a asegurar la neutralidd política de las organizaciones puestas bajo dirección eclesiástica. De ahí que una de las primeras medidas tomadas a partir de la «conciliazione» con el Estado italiano consistiera en la eliminación de los puestos directivos de la A. C. de personas que, con anterioridad, se hubieran destacado por su militancia en el Partito . ¡polare, disuelto y puesto fuera de la ley por Mussolini desde 1926.

El apoliticismo predicado por la Santa Sede no podía, por otra parte, considerarse únicamente como una cuestión de táctica y de acomodo a las circunstancias políticas de la Italia de entonces, sino que respondía a un deseo, continuamente manifestado por los Pontífices anteriores, de evitar a toda costa la instrumentalización de los fines de la Iglesia para la consecución de fines políticos.

En efecto, la toma del poder por el fascismo había reverdecido en Italia la división política entre los fieles católicos. División que enfrentaba a los entonces llamados católicos conservadores, para quienes Mussolini significaba la salvaguarda de un orden social y unos valores tradicionales frente a la «marea roja», y los católicos ligados al antiguo P.P., para quienes no se podía colaborar de ningún modo con un movimiento político claramente contrario a la doctrina y la moral católica.

MUSSOLINI Y PÍO XII

No obstante, consciente de su deber de orientador, tanto Pío XI como Pío XII nunca evitaron denunciar las desviaciones doctrinales del fascismo, pero procurando siempre eludir compromisos con actitudes políticas concretas que amenazaran la independencia de la Iglesia, o bien que, a falta de claras salidas, comprometiesen la estabilidad y el orden social, como hubiera podido ocurrir en el caso de una oposición frontal con el régimen político italiano.

Dichas denuncias ya se habían iniciado durante el pontificado anterior. Así, la «Dobbiamo Intratenerla» (abril, 1931) suponía una crítica profunda al totalitarismo, así como una defensa de la libertad de la Iglesia. Pero fue, sin duda, la «Quadragessimo Anno» (mayo, 1931) la que más firmemente establecía las diferencias fundamentales entre el ideal corporativo entonces propugnado por la Iglesia católica como solución más idónea de los problemas sociales y el corporativismo fascista de fuertes resabios estatalizadores.

La dificultad, por otro lado, que para las relativamente cordiales relaciones mantenidas entre Mussolini y la Santa Sede supuso la aprobación, en el curso del año 1938, de leyes racistas y antisemitas a imitación de las decisiones de Hitler provocó la más dura condena doctrinal de los estados totales que hasta el momento se había realizado por Pontífice alguno. Tal cosa fue la «Summi Pontificatus» de Pío XII.

De cualquier manera, y cuando la guerra ya parecía inminente, Pío XII decidió, respaldado por el Concordato de 1929, mantener dichas relaciones con el Estado fascista italiano y, de ese modo, asegurarse un conducto de intervención efectiva en aquellos momentos de crisis.

Todo lo anterior es lo que viene a explicar el que Pío XII nunca se decidiera a respaldar los intentos que, a partir del verano de 1943 y coincidiendo con los graves reveses sufridos por los italianos en el Norte de África, fueron propiciados por altos mandos del Ejército italiano con el apoyo del mismo Rey Víctor Manuel III con el objetivo de derrocar a Mussolini.

Efectivamente, ante los requerimientos del mismo mariscal Badoglio –una de las cabezas de la conspiración– de apoyo por parte de la Santa Sede, para lo cual se pedía que al Papa abandonase el campo de los principios y pasase al de los problemas políticos concretos, la contestación de Pío XII no dejaba lugar a dudas: «Era precisamente –decía– aquel primer plano el que propiciaba el cumplimiento, por parte de la Santa Sede, de su fin específico».

Verdaderamente, por otro lado, uno de los resultados más patentes de la posición de neutralidad adoptada por la Santa Sede durante la guerra lo constituyeron sus denodados esfuerzos por evitar que Roma se convirtiese en objetivo militar aliado.

SALVAGUARDAR ROMA

Desde el 7 de febrero de 1943, coincidiendo con el imparable declive militar italiano, se iniciaron esfuerzos directamente llevados por Pío XII tendentes a conseguir de Mussolini la firma unilateral de un armisticio con los anglonorteamericanos.

La definitiva decisión del duce de proseguir la guerra hizo que la Santa Sede iniciara, en julio de 1943, contactos directos con Roosevelt para evitar, al menos, la agresión contra la capital italiana.

La falta de cooperación del Gobierno italiano, que nunca accedió a desmilitarizar la capital, malogró todo tipo de acuerdos (lo único que se obtuvo fue el compromiso norteamericano de preservar de toda agresión el territorio bajo

Un soldado norteamericano observa la imagen de la Virgen en una derruida catedral gótica de la frontera franco-alemana

soberanía vaticana) y que el 19 de julio tuviese lugar el primer bombardeo de Roma.

Si la destitución de Mussolini, acaecida entre la madrugada del 24 al 25 de julio de aquel año, y su sustitución por un nuevo Gobierno presidido por el mariscal Badoglio vino a mejorar la situación en orden a la consecución de un armisticio, la rápida ocupación de la ciudad por las tropas alemanas, con la consiguiente reposición de Mussolini, impidió de nuevo que se pudiese llegar a compromisos con las potencias aliadas.

A partir de entonces tuvo lugar una reforzada acción por parte de la Santa Sede orientada a conseguir,por una parte, de los alemanes un compromiso por el cual Roma quedase al margen de los planes estratégicos germanos de defensa de la península; mientras que, por otra, continuaban los contactos con Washington y Londres que llevase a que éstos considerasen la ciudad bajo el status jurídico de «ciudad abierta».

Si, finalmente, no se consiguió ningún acuerdo bilateral, la ciudad escapó de la destrucción en el último momento debido a la decisión de última hora de los mandos alemanes de evacuación; no obstante, como escribiera el embajador del Reich en Roma, Weizsäcker, los esfuerzos de Pío XII lograron inspirar en ambas partes una suerte de «respeto reverencial» hacia Roma.

Todo el planteamiento anterior explica, sin duda, el interés de la Santa Sede por llegar a un acuerdo con el Japón que permitiese, por primera vez en la Historia, un intercambio de embajadores por ambas partes.

Realmente, estos contactos se habían iniciado ya en 1922 y, por tanto, con anterioridad al inicio de la guerra, si bien en aquellos momentos experimentaron un nuevo empuje.

En efecto, a pesar de las reticencias británicas y norteamericanas a este respecto, los mismos concluyeron definitivamente durante la primavera de 1942.

La defensa de la neutralidad vaticana y la actividad diplomática pacificadora fueron las principales preocupaciones del Papa Pío XII durante la contienda

En la Santa Sede pesaba demasiado la existencia de congregaciones misionales en Japón y, sobre todo, la existencia de una extensísima población católica en Filipinas, ya por entonces bajo control nipón.

VICHY Y LA SANTA SEDE

Aquella misma fue la explicación, por otra parte, dada por el cardenal Maglione al embajador británico, Osborne, afirmándose el «deber» de la Santa Sede de salvaguardar los intereses religiosos de la Iglesia católica, «independientemente del hecho de donde éstos existieran».

En cuanto a otros países situados en el área de influencia del Eje, la Santa Sede iba a esgrimir el mismo grado de pragmatismo, sobre todo cuando en éstos existieran importantes comunidades católicas.

A este respecto, quizá nos valgan como ejemplos significativos los casos planteados por la Francia de Vichy con el nuevo Estado croata.

Las relaciones con el primero adquirieron desde el inicio una gran complejidad. Por un lado, pocas dudas existían sobre la legalidad de la central posición ocupada por el mariscal Pétain en el nuevo Estado, pues había sido una desmoralizada Asamblea Nacional la que, ante el fracaso militar francés, había cedido los poderes a éste. Situación que se complicaba con el masivo apoyo con que el mismo contó de sectores católicos conservadores, que vieron en la nueva situación política la superación de una III República dominada por «izquierdistas y laicos». Pero, por otro lado, la general buena acogida que aquella situación mereció por parte de una considerable mayoría de la jerarquía eclesiástica francesa se vio recompensada con la puesta en marcha de un programa de abolición de la legislación laica promulgada durante el período precedente.

Lo anterior, podía llegar a pensarse, justificaba una aproximación sin reservas, y sellada con un acuerdo concordatorio, entre el Vaticano y las nuevas autoridades francesas; no obstante, como ya había ocurrido en Italia, existía el inconveniente de la existencia de grupos católicos ligados a los ambientes democristianos y, por supuesto, a los grupos que formaban el «catolicismo de izquierda» francés que no cejaron en su empeño de demostrar su oposición incondicional a Pétain, y que se sumaron a la llamada «Francia libre», así como a los movimientos de resistencia. Actitud que, sin duda, se vio respaldada con la aprobación de leyes persecutorias contra las comunidades judías a partir de 1941.

Ante la división de la opinión católica, agravada por los tintes estatistas de Vichy y por su dependencia alemana, la Santa Sede optó por la cautela. De modo que si se aceptó enviar un representante apostólico, e incluso iniciar contactos para la firma de un hipotético Concordato, ésta fue una y otra vez dilatada por el Vaticano.

Efectivamente, la presencia del cardenal Suhard en Roma con el fin de impulsar el mismo demostraba que, si bien a Pío XII no le interesaba llegar a la «separación» entre Iglesia y Estado, tampoco le interesaba dar un definitivo, y comprometido, espaldarazo a un régimen que no ofrecía suficientes garantías doctrinales, pero que tampoco parecía iba a poder subsistir por sí solo una vez derrotada militarmente Alemania.

El caso de la nueva Croacia presentaba algún paralelismo con el de Vichy, aunque también algunas diferencias esenciales.

CROACIA COMO VICHY

Era, de un lado, una nueva realidad estatal surgida del desmembramiento forzado de un Estado soberano. Hecho que obedecía al interés italiano por contar con un Estado satélite al frente del cual se planeaba poner a un representante de la Casa Real saboyana.

Por otra, existía el hecho de la mayoritaria población católica del territorio incluido en las nuevas fronteras del mismo, así como la pública y explícita profesión de fe católica de su nuevo presidente, Pavelic, unida a su deseo de iniciar una legislación favorable y protectora de la Iglesia.

De este modo, la Santa Sede, si –como en el caso anterior– accedió a nombrar un representante apostólico ante el nuevo Estado, como expresión de su deseo de velar por los intereses de la comunidad católica croata, evitó todo compromiso que condujera a un reconocimiento explícito o implícito de aquel artificial Estado. Extremo claramente observable en la negativa constante a la negociación de un Concordato bilateral con aquél.

La política exterior del Vaticano durante la II Guerra Mundial

La política exterior del Vaticano durante la II Guerra Mundial se puede sintetizar en tres tipo de actitudes: imparcialidad frente a los beligerantes, iniciativas doctrinales y diplomáticas en favor de un cese inmediato de la guerra y la promoción de actividades humanitarias que paliasen los sufrimientos de las poblaciones en guerra.

Pío XII –amante de la paz por carácter y por convicción– definió la postura de la Santa Sede ante la guerra con el concepto «imparcialidad».

Adoptó este concepto porque el término «neutralidad» podía sugerir una actitud pasiva. En cambio, por «imparcialidad» el Papa entendía la necesidad de valorar el conflicto desde el punto de vista moral conforme a la naturaleza de la Iglesia, que debía estar por encima de las contingencias políticas y temporales. Una de las manifestaciones de esa actitud fue la de desarrollar una extensa serie de iniciativas para evitar los sufrimientos de todos los hombres, fuesen de un lado u otro.

Esta actitud del Papa fue llevada a la práctica a pesar de las fuertes presiones de los beligerantes, que deseaban instrumentalizar el poder moral del Papa para apoyar su propia causa.

Asimismo, Pío XII, desde antes de la guerra y a lo largo de ella, desarrolló toda una serie de iniciativas para obtener una paz inmediata. Esta actitud se desdobló en dos planos, el doctrinal mediante una serie de mensajes dirigidos a todo el mundo, y el diplomático, intentando evitar el estallido de la guerra, y una vez comenzada, procurando el cese o limitación del conflicto.

LOS ESTADOS UNIDOS

Finalmente, el Vaticano dedicó un gran esfuerzo a ayudar de muy diversos modos a las víctimas de la guerra, fueran de los aliados o del Eje. El modo de conducir Pío XII la política vaticana a lo largo de la guerra fue una de las razones que contribuyó a aumentar el prestigio del Papado ante el mundo.

Desde 1867 el Vaticano había intentado establecer relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. En 1939 Roosevelt, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, envió un representante suyo a la coronación de un Papa. El Papa fallecido, Pío XI, había conseguido que el Papado fuera popular entre las democracias.

Las relaciones entre el Vaticano y los Estados Unidos estuvieron guiadas por el afán común de llegar a una paz entre los beligerantes o al menos limitar el alcance de guerra. La Santa Sede mantuvo a lo largo de toda la guerra su política de imparcialidad. Esta política no fue siempre correctamente apreciada por los Estados Unidos.

A finales de 1939, Pío XII anunciaba la decisión de Roosevelt de enviar un representante personal a la Santa Sede con el objeto de contribuir a la consecución de la paz, así como para aliviar más eficazmente los sufrimientos de las víctimas de la guerra. En febrero de 1940 llegaba a Roma Myron Taylor, amigo personal de Roosevelt, episcopaliano y respetuoso con lo que el Papado significaba.

Cuando los alemanes invadieron Polonia y el resto de Europa, Roosevelt pidió una condena expresa por parte del Vaticano. El Papa envió sendos telegramas al Rey de Bélgica, a la Reina de los Países Bajos y a la Gran Duquesa de Luxemburgo en mayo de 1940 ante el enfado de Mussolini, pero no se sometió a las presiones de los aliados.

En el verano de 1941, Hitler iniciaba la invasión de la URSS. Roosevelt inmediatamente anunció su ayuda a los soviéticos. Esta actitud del presidente fue vista con recelo por la jerarquía episcopal y los católicos norteamericanos, que, aunque contrarios al nacionalsocialismo, entendían, de acuerdo con la «Divini Redemptoris», que no se podía colaborar con un país comunista. Roosevelt pidió a Myron Taylor que convenciera al Vaticano de la necesidad de ayudar a Rusia contra los nazis.

El secretario de Estado, cardenal Maglione, respondió a la petición de Roosevelt con una carta al delegado apostólico de Estados Unidos afirmando que se debía distinguir entre pueblo ruso y pueblo comunista. Esta respuesta significaba que desde el punto de vista doctrinal la Santa Sede no se oponía a la ayuda y colaboración con la Unión Soviética. Por otro lado contribuía a resolver las dudas de los católicos norteamericanos.

Un ejemplo de la resistencia de Pío XII ante las presiones de los Estados Unidos –a través de Harold Tittmamm desde fines de 1941 como representante ante el Vaticano– fue el establecimiento de relaciones diplomáticas con Tokio.

Desde 1922, la Santa Sede y Japón venían negociando este asunto. La Santa Sede pensaba que mediante el establecimiento de relaciones diplomáticas se podía proteger más eficazmente a los católicos del Japón, clarificando que el hecho de establecer relaciones diplomáticas con un Gobierno no significaba en modo alguno aceptar su política concreta. La Santa Sede resistió a las duras presiones y al desagrado de los Estados Unidos y estableció relaciones diplomáticas con Japón en 1942.

Con la caída de Italia y el bombardeo de Roma se intensificaron las relaciones entre el Vaticano y los Estados Unidos. El problema derivaba de la ubicación del Vaticano dentro de la capital de Italia.

Pío XII hizo numerosos llamamientos –como cabeza de la Iglesia católica y obispo de Roma– para que se evitaran más sufrimientos al pueblo italiano y se evitara el bombardeo de la ciudad por parte de los aliados.

La actitud de los Estados Unidos, aunque más benevolente que la de los ingleses, no correspondió a los deseos de Pío XII. El 19 de junio de 1943, quinientos aviones norteamericanos bombardearon objetivos militares en Roma y sus alrededores. Murieron 1.500 personas y entre otros edificios dañaron la iglesia de San Lorenzo.

Pío XII protagonizó uno de los hechos que le hizo más popular. Cuando todavía se bombardeaba Roma subió a su coche y se fue a consolar a las familias y víctimas del bombardeo, gesto que fue agradecido por el pueblo romano. Envió una carta personal a Roosevelt quejándose de la actitud norteamericana.

GRAN BRETAÑA

Pío XII mantuvo hacia Gran Bretaña, como con el resto de las potencias beligerantes, una actitud de imparcialidad y neutralidad calificadas por el embajador inglés ante la Santa Sede, D'Arcy Godolphin Osborne, de «meticulosa».

Sin embargo, esta neutralidad no fue siempre bien comprendida por el Gobierno británico, que, al igual que los otros beligerantes, pretendía para su causa atraer el enorme prestigio moral del Papado. Por otro lado, la actitud del Gobierno inglés fue de perseguir sus objetivos políticos y militares sobre las iniciativas de paz propuestas por el Vaticano.

En abril de 1939, Pío XII propuso la convocatoria de una Conferencia entre las cinco potencias, entre ellas Gran Bretaña, para evitar la guerra. El Gobierno británico se opuso a esta iniciativa porque temía se convirtiera en otro Munich. En la Navidad de 1939, Pío XII propuso una tregua de Navidad a la que el Gobierno inglés se negó.

Si bien, en 1939 y 1940, Pío XII fue un personaje popular en Inglaterra, en 1942 esta popularidad se convirtió en crítica abierta.

Varias razones explican este cambio de actitud. El

Gobierno británico criticaba al Papa el que se ocupara de su actividad pastoral y benéfica sin condenar explícitamente las atrocidades nazis en Europa. El Papa había condenado doctrinalmente esas atrocidades, pero no de un modo explícito mencionando a los culpables por su nombre. Este silencio del Papa se justificaba por la creencia de que cualquier mención explícita empeoraría la situación de los católicos en los países por los nazis.

En otro orden de cosas, el Gobierno inglés se disgustó y presionó al Vaticano para que no se establecieran relaciones diplomáticas con el Japón en 1942. La actitud del Gobierno inglés fue desleal al filtrar a la Prensa la notificación confidencial mandada por el Vaticano a Londres explicando la situación. A la campaña de Prensa contra el Vaticano se unió una supuesta carta de Stalin a Pío XII, en la que le hablaba de la mejoría de las condiciones religiosas en la Unión Soviética. El Vaticano desmintió la existencia de esa carta. La Prensa aprovechó la ocasión para sugerir que Stalin estaba dispuesto a establecer relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

A pesar de las presiones del Gobierno inglés y las campañas de Prensa sobre la Santa Sede, Pío XII mantuvo claramente su actitud de no dejarse presionar por los beligerantes, manteniendo una «escrupulosa» imparcialidad.

FRANCIA

Antes de la caída de París en junio de 1940, las relaciones entre el Gobierno de la III República y el Vaticano habían mejorado relativamente. A pesar de todo esto, el proyecto de una Conferencia de paz propuesta por Pío XII en abril y la tregua de 1939 fueron desoídas por el Gobierno francés.

Con la caída de París en 1940, Francia quedó dividida en una zona ocupada por los alemanes y el resto en manos del Gobierno del anciano mariscal Pétain con su sede en Vichy.

La actitud de la Iglesia de Francia fue inicialmente cordial hacia las intenciones de reforma moral del Gobierno. Pétain corrigió las leyes que la III República había promulgado contra la Iglesia. Una ley de finales de 1940 restablecía el derecho a la enseñanza de los religiosos. En 1941 se promulgaron dos leyes que introducían la enseñanza religiosa en los centros públicos y los mecanismos para que los Ayuntamientos subvencionaran a las escuelas privadas, que en su mayoría eran católicas. El Vaticano recibió estos cambios con un entusiasmo limitado, rehusando un compromiso con el Gobierno de Pétain, entre otras razones porque la Santa Sede dudaba de la estabilidad del régimen de Vichy.

Sin embargo, las relaciones entre el Gobierno de Vichy y la Iglesia de Francia cambiaron radicalmente a partir de noviembre de 1942, cuando los alemanes invadieron la zona libre de Francia, quedando Pétain virtualmente prisionero de los invasores.

Pronto aparecieron tensiones importantes entre la Iglesia y Pétain. Ante el intento gubernamental de controlar la educación de la juventud francesa, los obispos franceses protestaron enérgicamente.

Muchos de los militantes de las organizaciones católicas constituyeron, junto a los socialistas y los comunistas, el núcleo de la resistencia francesa hasta la liberación en 1944.

Por otro lado, la política racial contra judíos franceses provocó la enérgica repulsa del Episcopado francés. Esta se tradujo en declaraciones y cartas pastorales como la de los arzobispos Gerlier, Saliège y Théas, así como numerosas iniciativas del clero secular y religioso para proteger a los judíos franceses.

Finalmente, otro motivo de tensión fue el envío forzoso de obreros franceses a Alemania para suplir la falta de mano de obra a través del Service du Travail Obligatoire. Por todas estas razones gran parte de la jerarquía francesa dejó de apoyar al régimen de Pétain y muchos católicos pasarían a engrosar las filas de la Resistencia.

Con la liberación de Francia en 1944, la Santa Sede reconoció al Gobierno provisional del general De Gaulle, en el que participaban miembros de la A.C. El nuevo Gobierno pretendió depurar a algunos prelados acusados de colaborar con Vichy –de hecho depuraron a tres obispos–, a lo que Pío XII se opuso rotundamente. La participación de los católicos en la Resistencia –Georges Bidault, católico, sustituyó en su dirección a Jean Moulin, socialista y asesinado por la Gestapo– contribuyó a la formación de uno de los partidos más importantes de la IV República, el Mouvement de Rassemblement Populaire (MRP).

LA URSS

La actitud de Pío XII ante la beligerante URSS fue también una actitud de imparcialidad, con el agravante de que la persecución contra la Iglesia iniciada en 1917 se incrementaría después de la II Guerra Mundial.

La ocupación soviética de parte de Polonia, Lituania, Letonia y Estonia supuso una dura persecución de los católicos, que la Santa Sede intentó paliar con medidas diplomáticas y actividades humanitarias.

En 1941, Pío XII se veía sometido a presiones de Alemania para que declarase la Cruzada religiosa contra la URSS. Pío XII se negó a esta petición por lo mismo que se había negado a condenar explícitamente al régimen nazi.

La actitud de la Iglesia ante el comunismo había sido explicitada claramente en ocasiones anteriores. En ese mismo año se produjo un cambio de las relaciones entre Stalin y el patriarca de Moscú, Sergio. Stalin suspendió la persecución contra la Iglesia, al mismo tiempo que Sergio aconsejaba la resistencia nacional contra los alemanes. En 1943, Stalin reconoce oficialmente al patriarca de Moscú. Fallecido Sergio, le sucedió Alejo, que, sometido al Estado soviético, criticó a la Iglesia católica y al nacionalsocialismo.

A partir de 1945, los católicos en los países satélites de la URSS fueron perseguidos con dureza. Se iniciaba lo que se denominó en aquella época la «Iglesia del silencio».

PORTUGAL Y ESPAÑA

Pío XII apeló a los países católicos neutrales en el conflicto –Portugal, España e Irlanda– para que interviniesen ante los beligerantes a favor de la ciudad de Roma.

España hizo gestiones ante los Estados Unidos. De Valera ante los Estados Unidos y Alemania. En parte, debido a la intervención de estos países, se consiguió que Roma quedara prácticamente intacta durante la II Guerra Mundial.

La China de Chiang Kai-Shek, enfrentada a Japón, estableció relaciones diplomáticas con el Vaticano en 1942. Las negociaciones se venían teniendo desde el siglo XIX. A pesar de las presiones del Japón en contra, Pío XII decidió con independencia y libertad –de acuerdo con su criterio de buscar la protección de los católicos– el tener plenas relaciones diplomáticas con China.

En cuanto a los países iberoamericanos, la Santa Sede también mantuvo una actitud de neutralidad a pesar de las presiones para que interviniese en la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro en enero de 1942, en la que se recomendó la ruptura de las relaciones diplomáticas con las potencias del Eje.

¡Nunca más la guerra!

A la Conferencia Episcopal Polaca (26-VIII-1989)

1. «... Y entonces nuestro mensaje alcanza su culmen —dijo el Papa Pablo VI el 4 de octubre de 1965 a la Asamblea de la Organización de las Naciones Unidas...— Vosotros esperáis de Nos esta palabra que no puede carecer de gravedad y de solemnidad: nunca más... No hacen falta muchas palabras para proclamar este sumo fin de esta institución. Basta recordar que la sangre de millones de hombres e innumerables e inauditos sufrimientos, inútiles matanzas y formidables ruinas sancionan el pacto que os une, con un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo: ¡nunca más la guerra, nunca más la guerra! La paz debe guiar la suerte de los pueblos y de toda la Humanidad» (AAS 57, 1965, pág. 881).

POLONIA Y SU INDEPENDENCIA

2. El 1 de septiembre de 1989 se conmemora el 50 aniversario del inicio de la II Guerra Mundial. Cuando, en las primeras horas de la mañana de aquel día, Polonia fue atacada desde la frontera occidental, todo el pueblo estuvo dispuesto a responder a aquella invasión armada, afrontando la guerra en defensa de la patria mortalmente amenazada.

Hacía entonces poco más de veinte años que Polonia había recuperado su independencia y había podido reemprender una vida autónoma como Estado soberano. Y aunque en ese período, relativamente breve, había encontrado muchas dificultades, tanto internas como externas, para su desarrollo, sin embargo progresaba visiblemente. Por eso fue firme la voluntad de defender la patria, aunque las fuerzas eran desiguales. Digno de admiración y de eterno recuerdo fue este esfuerzo incomparable de toda la sociedad, y en especial de la generación joven de los polacos, en defensa de la patria y de sus valores esenciales.

Esta voluntad de defender la independencia del Estado acompañó a los hijos e hijas de nuestra nación no sólo en el país ocupado, sino también en todos los frentes del mundo donde los polacos lucharon por la libertad propia y ajena. En efecto, la guerra, iniciada el 1 de septiembre, se extendió en seguida a otros países europeos y extraeuropeos. Nuevos pueblos fueron víctima de la invasión hitleriana, o se encontraron expuestos a una radical amenaza. En el curso de aquella guerra, que en seguida pareció como una defensa irrenunciable de Europa y de su civilización frente a la prepotencia totalitaria, el pueblo polaco cumplió plenamente —puede decirse en forma sobrehumana— sus compromisos de aliado, pagando el más alto precio por la «libertad nuestra y vuestra».

De esto dan testimonio también los daños sufridos. Estos fueron inmensos, tal vez mucho mayores que los daños de cualquier otro país aliado: sobre todo las víctimas humanas y, al mismo tiempo, la enorme destrucción del país, tanto en su parte occidental como oriental. En efecto, es bien sabido cómo el 17 de septiembre de 1939 Polonia fue invadida también desde su frontera oriental. Los tratados de no agresión, firmados con anterioridad, fueron violados y cancelados por el acuerdo del 23 de agosto de 1939 entre el Reich alemán y la Unión Soviética. Aquel acuerdo, que suele definirse como «la cuarta repartición de Polonia», sentenció al mismo tiempo la condena a muerte de los países bálticos, que limitaban al norte con Polonia.

EXTERMINIO MASIVO DE JUDIOS

La dimensión de los daños sufridos y, más aún, la magnitud de los sufrimientos causados a las personas, a las familias y a las comunidades es verdaderamente difícil de calcular. Muchos hechos son conocidos y otros muchos aún deben salir a la luz. La guerra se desarrolló no sólo en el frente, sino que, como guerra total, afectó a toda la sociedad. Grupos enteros de personas fueron deportados. Millares fueron víctimas de prisiones, torturas y ejecuciones capitales. Muchas personas que habían quedado fuera de las acciones bélicas morían víctimas de los bombardeos y del terror sistemático, cuyo instrumento organizado fueron los campos de concentración, orientados formalmente al trabajo, pero transformados realmente en campos de muerte. Un crimen particular de la II Guerra Mundial fue el exterminio masivo de judíos, destinados a las cámaras de gas por el odio racial.

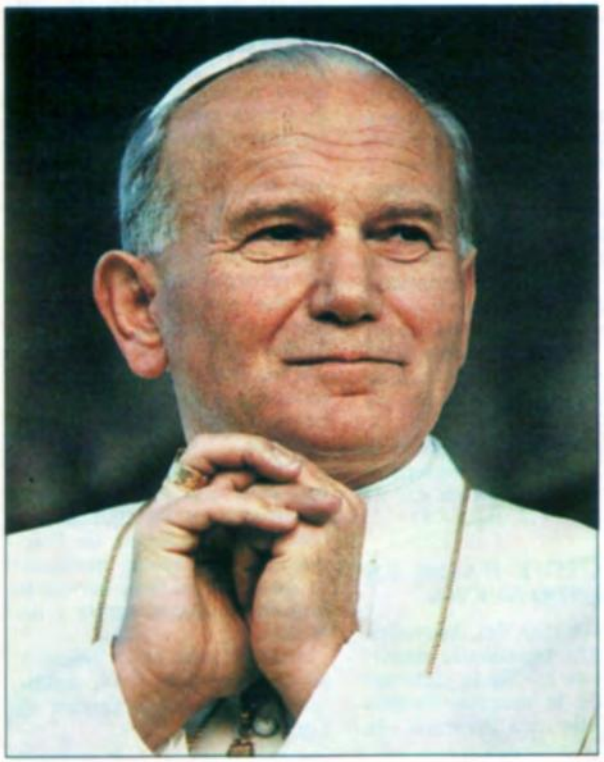
Cuando recordamos todo esto, las palabras de Pablo VI a la Asamblea de las Naciones Unidas asumen su pleno significado. Más aún, la ralidad histórica de la II Guerra Mundial es más terrible que cualquier término con el que se quiera definirla.

3. ¿Pero hace falta hablar de ello? Habiendo pasado cincuenta años desde el inicio de aquella guerra, vive aún la generación que la experimentó y sufrió. Entre tanto han ido creciendo al menos dos generaciones, para las cuales dicha guerra es solamente un capítulo de la Historia. Hay que procurar que aquel trágico acontecimiento no deje de ser una advertencia.

Las Naciones Unidas demostraron ser conscientes de ello publicando, al terminar la guerra, la Carta de los Derechos del Hombre. La elocuencia de aquel documento es fundamental. La II Guerra Mundial despertó en todos la conciencia de la dimensión, hasta entonces desconocida, a la que puede llegar el desprecio del hombre y la violación de sus derechos. Esa guerra provocó un odio inaudito que pisoteó al hombre y todo lo que es humano en nombre de una ideología imperialista.

Muchos se han planteado la pregunta, después de aquella

El Papa Juan Pablo II en dos audiencias que ya forman parte de la historia: en compañía del fallecido emperador nipón, Hiro-Hito, y junto al máximo dirigente soviético, Mijail Gorbachov



terrible experiencia, si era posible aún tener una certeza. En efecto, las monstruosidades de aquella guerra se manifestaron en un continente que se jactaba de un especial florecimiento de cultura y civilización; continente que más tiempo ha permanecido en el ámbito del Evangelio y de la Iglesia.

En verdad es difícil continuar el camino teniendo detrás de nosotros este terrible calvario de los hombres y de las naciones. Queda un solo punto de referencia: la cruz de Cristo en el Gólgota, de la que el Apóstol de las Gentes dice: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom. 5,20).

Guiada por esta fe, la Iglesia, junto con los hombres de nuestro siglo, con los pueblos de Europa y del mundo, trata de encontrar el camino hacia el futuro.

SACRIFICIO DEL PUEBLO POLACO

4. La búsqueda de este camino afecta a todos los habitantes del continente europeo. Atañe de modo especial a Polonia, que hace cincuenta años fue la primera que con decisión trató de decir «no» a la prepotencia armada del Estado hitleriano, y fue la primera en pagar por esta determinación. En todos los frentes, y también con la lucha ciudadana llevada a cabo en el país con el levantamiento de Varsovia, los hijos e hijas de nuestra nación dieron innumerables pruebas de cuán preciosa era para ellos la causa de la independencia de la patria. Al terminar aquella terrible batalla se vieron obligados a preguntarse si las decisiones tomadas al final del conflicto respetaban la ingente contribución de sus esfuerzos y de los sacrificios realizados; si, aun encontrándose en la parte de los vencedores, no habían sido tratados más bien como vencidos. Esta pregunta se hizo cada vez más insistente, incitando cada vez con mayor fuerza a emprender nuevas luchas. En efecto, no es verdadera soberanía la de un Estado en el que la sociedad no es soberana: es decir, cuando ésta no tiene la posibilidad de decidir acerca de su bien común, cuando se le niega el derecho fundamental a participar en el poder y en las responsabilidades.

Pío XII, al delinear los principios morales en los que debería inspirarse el mundo al terminar la guerra, subrayaba con fuerza que «en el campo de un nuevo ordenamiento fundado sobre principios morales no hay lugar para la lesión de la libertad, integridad y seguridad de otras naciones, cualquiera que sea su extensión territorial o su capacidad de defensa».

Pasando luego al ámbito económico, el Papa recordaba los derechos de las naciones «a la protección de su desarrollo económico, ya que sólo de este modo podrán conseguir adecuadamente el bien común, el bienestar material y espiritual del propio pueblo» (Radiomensaje, 24 de diciembre de 1941: AAS 34, 1942, págs. 16-17).

RECONSTRUIR LA CONFIANZA EN EL FUTURO

Es difícil resistir a la convicción de que los decenios posteriores a la guerra no hayan traído consigo el crecimiento y el progreso tan deseados por la nación polaca, y tan necesarios para la patria tras las destrucciones de la II Guerra Mundial, sino que hayan provocado más bien una gran crisis socioeconómica y nuevos daños ya no en los frentes de la lucha armada, sino en el frente pacífico de la lucha por un futuro mejor de la patria, por el puesto que le corresponde entre las naciones y los Estados de Europa y del mundo.

5. Me permito citar una vez más las palabras de Pablo VI. Me he referido ya a ellas otras dos veces, durante mis visitas a Polonia (2 de junio de 1979 y 17 de junio de 1983). Las repito de nuevo en la situación actual. Aquel Pontífice dijo: «Una Polonia próspera y serena interesa... para la tranquilidad y la buena colaboración entre los pueblos de Europa.»

Estas palabras están dirigidas a los polacos. Depende ciertamente y de manera determinante de los polacos que Polonia sea «próspera y serena»; que sea un país con un progreso multiforme; que recupere el retraso no sólo económico, que es fruto amargo del sistema que ha ejercido el poder; que sea capaz de reconstruir en los millones de sus ciudadanos, particularmente los jóvenes, la confianza en el futuro. Todo esto depende de los polacos.

Pero las palabras de Pablo VI están dirigidas también a toda Europa: a Oriente y Occidente.

Nadie puede borrar las huellas de las responsabilidades, que han pesado de modo tan terrible en la historia de nuestra nación y de las otras naciones de Europa.

La decisión común de agosto de 1939, el acuerdo firmado por los representantes del Reich alemán y de la Unión Soviética, que condenaba a muerte a Polonia y a otros países, no fue un acontecimiento sin precedentes.

Se repitió entonces lo que ya había sido decretado otra vez a finales del siglo XVIII, en Occidente y en Oriente, por nuestros vecinos, y que se mantuvo programáticamente hasta el comienzo de este siglo. Hacia la mitad de nuestro siglo se ha repetido la misma decisión de destrucción y exterminio.

Las naciones europeas no lo pueden olvidar. Especialmente en este continente, del que se ha dicho que es la «Europa de las patrias», ¡no se pueden olvidar los derechos fundamentales tanto del hombre como de la nación!

Hay que construir un sistema de fuerzas tal que ninguna supremacía económica o similar pueda destruir a otro país y conculcar sus derechos.

6. «¿Llegará alguna vez el mundo a cambiar la mentalidad individualista y belicosa que ha tejido hasta ahora tanta parte de la historia?», se preguntaba Pablo VI en su discurso a la Organización de las Naciones Unidas. Y respondía: «Es difícil prever, pero es fácil afirmar que es preciso encaminarse decididamente hacia la nueva historia, la pacífica, la verdadera y plenamente humana, la que Dios ha prometido a los hombres de buena voluntad» (AAS 57, 1965, pág. 882).

Se puede decir que Europa —a pesar de las apariencias— no está todavía curada de las heridas recibidas durante la II Guerra Mundial. Para que esto suceda son necesarios un enorme esfuerzo y una fuerte voluntad en Oriente y en Occidente; es necesaria una verdadera solidaridad.

En las manos de la Conferencia Episcopal Polaca pongo, el día 1 de septiembre de 1989, estos deseos para nuestra patria.

7. Este día las comunidades creyentes, en Europa y en el mundo, se reunirán en oración. ¡A cuántos hombres deberá alcanzar esta oración, recordando sus sufrimientos y ofrecimientos, sus sacrificios y, sobre todo, su muerte! Y no me refiero sólo a quienes los produjeron, los cuales tienen una enorme responsabilidad por los horrores de esta guerra. Una responsabilidad con la que todos van al juicio de Dios. ¡A cuántos hombres, a cuántos millones de seres humanos debe alcanzar realmente nuestra oración en este día!

¡Los podemos comparar a aquella «multitud inmensa» vista por San Juan en el Apocalipsis! (cf. Ap. 7,9)

«MIRA QUE HAGO UN MUNDO NUEVO»

Esta «visión» del Apocalipsis no está supeditada únicamente a la ley de la destrucción y de la muerte. Puesto que en ella está presente «la Sangre del Cordero» (cf. Ap. 7,14). La Sangre que actúa con el poder de la Redención tiene más fuerza que cualquier poder de destrucción y del mal en la historia del hombre sobre la tierra.

Reunidos en oración el día que recordamos el 50 aniversario de las grandes destrucciones de la II Guerra Mundial, no cesemos, por tanto, de recordar las palabras inspiradas por Dios: «Mira que hago un mundo nuevo» (Ap. 21,5).

Con estas palabras Cristo recuerda a las nuevas generaciones la verdad de su Pascua salvífica.

Deposito estos pensamientos, esta oración y una viva esperanza en las manos maternales de la Reina de Polonia de Jasna Gora, mediante la cual Dios nos ha dado una «maravillosa ayuda y defensa».

Juan Pablo II, Vaticano, 26 de agosto de 1989, solemnidad de Nuestra Señora de Czestochowa.

Carta apostólica

(26-VII-1989)

1. «Me has echado en lo profundo de la fosa, en las tinieblas, en los abismos» (sal. 88,87,7). ¡Cuántas veces este grito de dolor ha surgido del corazón de millones de mujeres y hombres que desde el 1 de septiembre de 1939 hasta el final del verano de 1945 se enfrentaron con una de las tragedias más destructivas e inhumanas de nuestra historia!

Mientras Europa se encontraba aún bajo el impacto de los actos de fuerza, que habían llevado a la anexión de Austria, al desmembramiento de Checoslovaquia y a la conquista de Albania, el primer día del mes de septiembre de 1939 las tropas alemanas invadían Polonia por el Oeste y el 17 del mismo mes el Ejército Rojo lo hacía por el Este. La derrota del Ejército polaco y el martirio de un pueblo entero iban a ser preludio de la suerte que muy pronto tocaría a numerosos pueblos europeos y a continuación a muchos otros en la mayor parte de los cinco continentes.

En efecto, desde 1940 los alemanes ocuparon Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y la mitad de Francia. Durante este periodo, la Unión Soviética, agrandada ya por una parte de Polonia, realizó la anexión de Estonia, Letonia y Lituania y quitó Besarabia a Rumanía y algunos territorios a Finlandia.

Después, como un fuego destructor que se propaga, la guerra y los dramas humanos, que la acompañan inexorablemente, iban rápidamente a desbordar las fronteras del Viejo Continente para llegar a ser «mundiales». Por un lado, Alemania e Italia llevaron los combates más allá de los Balcanes y el Africa mediterránea y, por otro lado, el Reich invadió bruscamente Rusia. Los japoneses, por fin, destruyendo Pearl Harbour, empujaron a Estados Unidos de América a la guerra al lado de Inglaterra. Terminaba el año 1941.

DESTRUCCIONES SIN PIEDAD DE CIUDADES

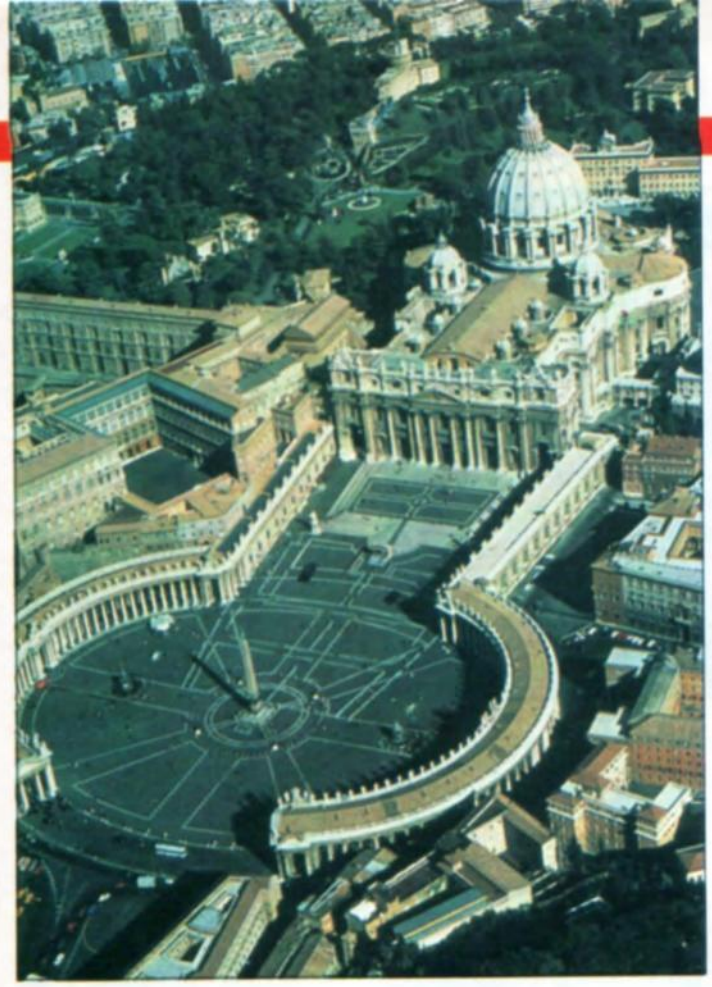
Hubo que esperar al año 1943, con el éxito de la contraofensiva que liberó la ciudad de Stalingrado del yugo alemán, para que se produjera un cambio en la historia de la guerra. Las fuerzas aliadas, por un lado, y las tropas soviéticas, por el otro, lograron derrotar a Alemania a costa de encarnizados combates que, desde Egipto hasta Moscú, provocaron horribles sufrimientos a millones de civiles indefensos. El 8 de mayo de 1945, Alemania se rindió sin condiciones.

Pero la lucha continuó en el Pacífico. Para acelerar el final, a primeros de agosto del año 1945 se lanzaron dos bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Al día siguiente de este hecho espantoso, Japón se rindió a su vez. Es el 10 de agosto de 1945.

Ninguna guerra ha merecido tanto el apelativo de «guerra mundial». Además fue total, pues no podemos olvidar que a las operaciones terrestres se sumaron combates aéreos y combates navales en todos los mares del mundo. Ciudades enteras fueron objeto de destrucciones despiadadas, sumiendo a poblaciones aterrorizadas en la angustia y la miseria. Roma misma estuvo amenazada. La intervención del Papa Pío XII evitó que la ciudad fuera un campo de batalla.

ES PRECISO SACAR LECCION DEL PASADO

Este es el cuadro sombrío de los hechos que recordamos



Vista aérea de la plaza y basílica de San Pedro, e interior de la misma, en su altar mayor

hoy. Provocaron la muerte de cincuenta y cinco millones de personas, dejando divididos a los vencedores y a una Europa para reconstruir.

2. Cincuenta años después tenemos el deber de acordarnos ante Dios de aquellos hechos dramáticos, para honrar a los muertos y compadecer a todos aquellos que este despliegue de crueldad hirió en el corazón y en el cuerpo, perdonando del todo las ofensas.

En mi solicitud pastoral por toda la Iglesia y preocupado por el bien de toda la Humanidad, no podía dejar pasar este aniversario sin invitar a mis hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes y los fieles, así como a todos los hombres de buena voluntad a una reflexión sobre el proceso que llevó este conflicto hasta los límites de lo inhumano y de la aflicción.

En efecto, tenemos el deber de sacar una lección de este pasado para que jamás pueda repetirse el conjunto de causas capaz de desencadenar un conflicto semejante.

LA SANTA SEDE QUISO EVITAR LA GUERRA

Ya sabemos por experiencia que la división arbitraria de las naciones, los desplazamientos forzosos de las poblaciones, el rearme sin límites, el uso incontrolable de armas sofisticadas, la violación de los derechos fundamentales de las personas y de los pueblos, la inobservancia de las reglas de conducta internacionales, así como la imposición de ideologías totalitarias, no pueden llevar más que a la destrucción de la Humanidad.

3. El Papa Pío XII, desde su comienzo el 2 de marzo de 1939, lanzó un llamamiento a la paz, que todos consideraban seriamente amenazada. Algunos días antes de desencadenarse las hostilidades, el 24 de agosto de 1939, el mismo Papa pronunció unas palabras premonitarias, cuyo eco resuena todavía: «He aquí que vuelve a sonar una vez más una grave hora para la gran familia humana (...). El peligro es inminente, pero todavía hay tiempo. Nada se pierde con la paz. Todo puede perderse con la guerra.»

Por desgracia, la advertencia de este gran Pontífice no fue escuchada absolutamente y llegó el desastre. La Santa Sede, no habiendo podido contribuir a evitar la guerra, intentó –en la medida de sus posibilidades– limitar su extensión. El Papa y sus colaboradores trabajaron en ello sin descanso, tanto a nivel diplomático como en el campo humanitario, evitando tomar partido en el conflicto que oponía a pueblos de ideologías y religiones de armas diferentes. En este cometido, su preocupación fue también la de no agravar la situación y no comprometer la seguridad de las poblaciones sometidas a pruebas poco comunes. Escuchemos una vez más a Pío XII cuando, a propósito de lo que sucedía en Polonia: «Tendríamos que pronunciar palabras de fuego contra tales hechos, y lo único que nos lo impide es saber que, si habláramos, haríamos todavía más difícil la situación de esos desdichados.»

Algunos meses después de la Conferencia de Yalta (4-11 de febrero de 1945) y recién acabada la guerra en Europa, el mismo Papa, dirigiéndose al Sacro Colegio Cardenalicio el 2 de junio de 1945, no dejó de preocuparse sobre el futuro del mundo y abogar por la victoria del derecho: «Las naciones, las pequeñas y las medianas particularmente, piden que se les permita tomar las riendas de sus propios destinos. Se les puede llevar a contraer, con su pleno acuerdo y en el interés del progreso común, obligaciones que modifiquen sus derechos soberanos. Pero después de haber soportado su parte, su parte tan grande, de sacrificios para destruir el sistema de la violencia brutal, están ahora en condiciones de no aceptar que se les imponga un nuevo sistema político o cultural que la gran mayoría de sus pueblos rechazan resueltamente (...). En el fondo de su conciencia, los pueblos sienten que sus dirigentes se desacreditarían si, por el delirio de una hegemonía de la fuerza, no hicieran seguir la victoria del derecho.»

4. Esta «victoria del derecho» sigue siendo la mejor garantía del respeto de las personas. Ahora justamente, cuando se piensa en la historia de estos seis años terribles, uno no puede menos que horrorizarse por el menosprecio de que ha sido objeto el hombre.

A las ruinas materiales, a la aniquilación de los recursos agrícolas e industriales de los países asolados por los combates y las destrucciones que llegaron en el holocausto nuclear de dos ciudades japonesas, se añadieron masacres y miseria.

POBLACIONES ENTERAS ECHADAS A LOS CAMINOS

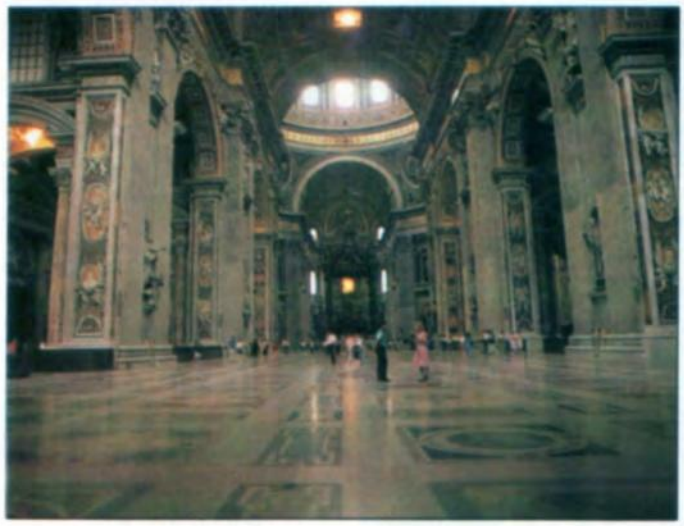
Pienso particularmente en el destino real ocasionado a las poblaciones de las grandes planicies del Este. Yo mismo fui testigo horrorizado de ello al lado del arzobispo de Cracovia, monseñor Adam Stefan Sapieha. Las exigencias inhumanas del invasor de entonces afectaron de manera brutal a los opositores y a los sospechosos, mientras que las mujeres, los niños y los ancianos fueron sometidos a constantes humillaciones.

No podemos olvidar el drama causado por el desplazamiento forzado de las poblaciones que fueron echadas por los caminos de Europa, expuestas a todos los peligros, en busca de un refugio y de medios para sobrevivir.

LOS JUDIOS, SOMETIDOS A BRUTALIDADES

Debe hacerse una mención especial de los prisioneros de guerra, que, aislados, ofendidos y humillados, pagaron también, después de las asperezas de los combates, otro pesado tributo. Hay que recordar, por fin, que la creación de Gobiernos impuestos por los invasores en los Estados de la Europa central y oriental estuvo acompañada por medidas represivas y también por una multitud de ejecuciones para someter a las poblaciones reacias.

5. Pero de todas estas medidas antihumanas, una de ellas constituye para siempre una vergüenza para Humanidad: la barbarie planificada que se ensañó contra el pueblo judío.



Objeto de la «solución final», imaginada por una ideología aberrante, los judíos fueron sometidos a privaciones y brutalidades indescriptibles. Perseguidos primero con medidas vejatorias o discriminatorias, más tarde acabaron millones en campos de exterminio.

Los judíos de Polonia, más que otros, vivieron este calvario: las imágenes del cerco de la judería de Varsovia, como lo que se supo sobre los campos de Auschwitz, de Majdanek o de Treblinka superan en horror lo que humanamente se pueda imaginar.

Hay que recordar también que esta locura homicida se abatió sobre otros muchos grupos que tenían la culpa de ser «diferentes» o rebeldes a la tiranía del invasor.

Con ocasión de este doloroso aniversario, me dirijo una vez más a todos los hombres, invitándolos a superar sus prejuicios y a combatir todas las formas del racismo, aceptando reconocer en cada persona humana la dignidad fundamental y el bien que hay en la misma, a tomar cada vez mayor conciencia de pertenecer a una única familia humana querida y congregada por Dios.

Deseo repetir aquí con fuerza que la hostilidad o el odio hacia el judaísmo están en total contradicción con la visión cristiana de la dignidad de la persona humana.

PRETENSIÓN HEGEMÓNICA NAZI

6. El nuevo paganismo y los sistemas afines se ensañaban, ciertamente, contra los judíos, pero atentaban igualmente contra el cristianismo, cuyas enseñanzas habían formado el alma de Europa. A través del pueblo del cual también procede Cristo según la carne (Rm. 9,5), llega el mensaje evangélico sobre la igualdad de todos los hijos de Dios, que era menospreciada.

Mi predecesor, el Papa Pío XII, había sido claro en su encíclica «Mit brenneder Sorge», al decir:

«Quien eleva la raza o el pueblo, el estado o una forma determinada del mismo, los representantes del poder o de otros elementos fundamentales de la sociedad humana (...) como suprema norma de todo, aún de los valores religiosos, y los diviniza con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado y querido por Dios.»

Esta pretensión de la ideología del sistema nacionalsocialista no exceptuaba a las Iglesias y a la Iglesia católica en particular que, antes y durante el conflicto, conoció, también ella, su pasión. Su suerte no fue seguramente mejor en las regiones donde se impuso la ideología marxista del materialismo dialéctico.

No obstante, hemos de dar gracias a Dios por los numerosos testigos, conocidos y desconocidos, que –en aquellas horas de tribulación– tuvieron la valentía de profesar intrépidamente su fe, supieron levantarse contra la arbitrariedad atea y no se plegaron ante la fuerza.

7. En el fondo, el paganismo nazi, así como el dogma marxista, tienen en común el ser ideologías totalitarias, con tendencia a transformarse en religiones sustitutivas.

Ya mucho antes de 1939, en algunos sectores de la cultura europea, aparecía una voluntad de borrar a Dios y a su imagen del horizonte del hombre, se empezaba a adoctrinar en este sentido a los niños, desde su más tierna edad.

La experiencia ha demostrado desgraciadamente que el hombre dejado al solo poder del hombre, mutilado de sus aspiraciones religiosas, se transforma rápidamente en un número o en un objeto. Por otra parte, ninguna época de la humanidad ha escapado al riesgo de que el hombre se encerrara en sí mismo con una actitud de orgullosa suficiencia. Pero este riesgo se ha acentuado en este siglo en la medida en que la fuerza armada, la ciencia y la técnica han podido dar al hombre contemporáneo la ilusión de ser el único señor de la naturaleza y de la historia. Esta es la presunción que encontramos en la base de los excesos que deploramos.

El abismo moral en que el desprecio de Dios, y también del hombre, ha precipitado al mundo hace cincuenta años nos ha llevado a experimentar el poder del «Príncipe de este mundo» (Jn. 14,30) que puede seducir las conciencias con el desprecio del hombre y del derecho, con el culto del poder y del dominio.

Hoy nos acordamos de todo esto y meditamos sobre los límites a los que puede llevar el abandono de toda referencia a Dios y de toda ley moral trascendente.

NO ALCANZARON LA INDEPENDENCIA

8. Pero lo que es verdad para el hombre lo es también para los pueblos. Conmemorar los acontecimientos de 1939 es recordar además que el último conflicto mundial tuvo por causa la destrucción de los pueblos, así como los de las personas. Lo recordaba ayer al dirigirme a la Conferencia episcopal polaca.

¡No hay paz si los derechos de todos los pueblos –y particularmente de los más vulnerables– no son respetados! Todo el edificio del Derecho internacional se basa sobre el principio del igual respeto por parte de los estados del derecho a la autodeterminación de cada pueblo y de su libre cooperación en vista del bien común superior de la humanidad.

Hoy es esencial que situaciones como la de Polonia de 1939, asolada y dividida, según las preferencias de invasores sin escrúpulos, no vuelvan a producirse más. No se puede evitar, a este respecto, pensar en los países que todavía no han obtenido su plena independencia, así como en aquellos que corren el riesgo de perderla. En este contexto y en estos días hay que recordar el caso del Líbano, donde fuerzas aliadas, siguiendo sus propios intereses, no dudan en poner en peligro la existencia misma de una nación.

No olvidemos que la Organización de las Naciones Unidas nació, después del segundo conflicto mundial, como un instrumento de diálogo y de paz fundado sobre el respeto de la igualdad de los derechos de los pueblos.

9. Pero una de las condiciones esenciales para «vivir unidos» es el desarme.

Las terribles pruebas sufridas por los combatientes y las poblaciones civiles durante el segundo conflicto mundial deben apremiar a los responsables de las naciones a procurar que se pueda llegar sin tardar a la elaboración de procesos de cooperación, de control y de desarme que hagan impensable la guerra. ¿Quién osaría justificar todavía el uso de las armas más crueles, que matan a los hombres y destruyen sus obras, para resolver las discrepancias entre Estados? Como ya tuve ocasión de decir, «la guerra es, en sí, irracional y (...) el principio ético de la solución pacífica de los conflictos es la única vía digna del hombre».

Por esto hemos de aceptar favorablemente las negociaciones en curso para el desarme nuclear y convencional, así como la total prohibición de armas químicas y otras. La Santa Sede ha declarado repetidas veces que considera necesario que las partes lleguen por lo menos a un nivel mínimo de armamento, compatible con sus exigencias de seguridad y defensa.

Estos pasos prometedores no tendrán, sin embargo, posibilidad de éxito si no están apoyados y acompañados por una voluntad de intensificar igualmente la cooperación en otros campos, especialmente los económicos y culturales. La última reunión de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, celebrada recientemente en París sobre el tema de la «dimensión humana», ha registrado el deseo, expresado por países de las dos partes de Europa, de ver instaurado en todas partes el régimen del Estado de De-

recho. Esta forma del Estado se muestra, efectivamente, como la mejor garantía de los derechos de la persona, incluidos el derecho a la libertad religiosa, cuyo respeto es un factor insustituible de paz social e internacional.

INSEPARABLE RESPETO A DIOS Y AL HOMBRE

10. Aleccionados por los errores y las desviaciones del pasado, los europeos de hoy tienen ya el deber de transmitir a las jóvenes generaciones un estilo de vida y una cultura inspiradas por la solidaridad y la estima del prójimo. A este respecto, el Cristianismo, que ha fofjado tan profundamente los valores espirituales de este Continente, debería ser una fuente de inspiración constante: su doctrina sobre la persona, creada a imagen de Dios, ha de contribuir al nacimiento de un humanismo renovado.

En el inevitable debate social, en que se enfrentan concepciones distintas de la sociedad, los adultos deben darse ejemplo de respeto recíproco, sabiendo reconocer siempre la parte de verdad que hay en el otro.

En un continente de tantos contrastes, es necesario que las personas, las etnias y los países de cultura, creencia o sistema social diferentes, aprendan a aceptarse mutuamente.

Los educadores y los medios de comunicación social juegan a este respecto un papel primordial. Desgraciadamente, hemos de constatar que la educación sobre la dignidad de la persona, creada a imagen de Dios, no está ciertamente favorecida por los espectáculos de violencia o depravación difundidos muy a menudo por dichos medios de comunicación social: las jóvenes conciencias en formación son desorientadas y el sentido moral de los adultos queda embotado.

11. La vida pública, ciertamente, no puede prescindir de los criterios éticos. La paz se consigue, ante todo, en el terreno de los valores humanos, vividos y transmitidos por los ciudadanos y los pueblos. Cuando se disgrega el tejido moral de una nación, hay que temer cualquier cosa.

La memoria vigilante del pasado debería conseguir que nuestros contemporáneos estuvieran atentos a los abusos siempre posibles en uso de la libertad que la generación de esta época ha conquistado a costa de tantos sacrificios. El frágil equilibrio de la paz podría verse comprometido si en las conciencias se despertaran males como el odio racial, el menosprecio de los extranjeros, la segregación de los enfermos o de los ancianos, la exclusión de los pobres, el recurso a la violencia privada y colectiva.

A los ciudadanos les toca saber distinguir entre las proposiciones políticas que se inspiran en la razón y en los valores morales. A los Estados corresponde velar para que se eviten las causas de exasperación o de impaciencia de tal o cual grupo desfavorecido de la sociedad.

12. A vosotros, hombres de Estado y responsables de las naciones, os repito una vez más, mi profunda convicción de que el respeto de Dios y el respeto del hombre son inseparables. Constituyen el principio absoluto que permitirá a los Estados y a los bloques políticos superar sus antagonismos.

No podemos olvidar, en particular, a Europa, donde ha surgido este terrible conflicto y que, durante seis años, ha vivido una verdadera «pasión» que la ha arruinado y dejado desangrada. Desde 1945 somos testigos y operadores de loables esfuerzos encaminados a su reconstrucción material y espiritual.

Ayer, este continente exportó la guerra; hoy le toca ser «artesano de paz». Confío en que el mensaje de humanismo y de liberación, herencia de su historia cristiana, pueda fecundar todavía a sus pueblos y siga resplandeciendo en el mundo.

¡Sí, Europa, todos te miran, conscientes de que siempre tienes algo que decir, después del naufragio de aquellos años de fuego: la verdadera civilización no está en la fuerza, sino que es fruto de la victoria sobre nosotros mismos, sobre las potencias de la injusticia, del egoismo y del odio, que pueden llegar a desfigurar al hombre!

EL HOMBRE DEJADO EN PODER DEL HOMBRE

13. Al concluir, deseo dirigirme muy particularmente a los pastores y a los fieles de la Iglesia católica.

Acabamos de recordar una de las guerras más sangrientas de la historia, nacida en un continente de tradición cristiana.

Esta constatación debe estimularnos a un examen de conciencia para ver cómo es la evangelización de Europa. El hundimiento de los valores cristianos, que favoreció los errores de ayer, tiene que hacernos estar atentos sobre la manera en que hoy se anuncia y se vive el Evangelio.

Observamos, por desgracia, que en muchos campos de su existencia el hombre moderno piensa, vive y trabaja como si Dios no existiera. Ahí está el mismo peligro que ayer: el hombre dejado en poder del hombre.

Mientras Europa se prepara para recibir un nuevo semblante, ya que ha habido un desarrollo positivo en algunos países de su parte central y oriental, y los responsables de las naciones colaboran cada vez más para la solución de los grandes problemas de la humanidad, Dios llama a su Iglesia a dar su propia contribución para la llegada de un mundo más fraterno.

Junto con las otras Iglesias cristianas, a pesar de nuestra unidad imperfecta, queremos repetir a la humanidad de hoy que el hombre no es auténtico, si no se acepta ante Dios como criatura; que el hombre no es consciente de su dignidad, si no reconoce en sí mismo y en los demás la señal de Dios, que lo ha creado a su imagen; que no es grande sino en la medida en que su vida es una respuesta al amor de Dios y se pone al servicio de sus hermanos.

Dios no desconfía del hombre. Cristianos, tampoco nosotros podemos desconfiar del hombre, porque sabemos que es siempre más grande que sus errores o sus faltas.

Al recordar la bienaventuranza pronunciada en otro tiempo por el Señor: «¡Bienaventurados los que trabajan por la paz!» (Mt. 5,9), queremos invitar a todos los hombres a perdonar y a ponerse al servicio los unos de los otros, por Aquel que, en su carne, una vez ha dado en sí mismo «muerte a la Enemistad». (Ef. 2,16).

A María, Reina de la Paz, confío a esta humanidad, encomendando a su materna intercesión la historia de la que somos actores.

¡Para que el mundo no conozca más la inhumanidad y la barbarie que lo ha asolado hace cincuenta años, anunciamos sin cansarnos a «nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rm. 5,11), prenda de la reconciliación entre todos los hombres entre sí.

¡Que su Paz y su Bendición estén con todos vosotros!

W

Wingate, Charles Orde

General británico (1903-1944)

Wingate fue un especialista en operaciones de guerrilla, organizando en Palestina una expedición voluntaria para combatir el terrorismo árabe.

En 1940 fue trasladado a El Cairo y enviado al poco tiempo a Kartum para colaborar con el Emperador de Etiopía, Haile Selassie, que quería recuperar el Trono de Addis Abeba. Al año siguiente dirigió la sublevación de los etíopes contra la ocupación italiana.

En mayo de 1942 fue trasladado a Birmania con la misión de detener el avance japonés. Construyó unidades de guerrilla llamadas «Chindits» que tuvieron papel importante en la campaña de Birmania. Colaboró con Mountbatten en la India y en 1944 tres brigadas «Chindits» iniciaron su actividad contribuyendo eficazmente a desbaratar la contraofensiva japonesa, detenida en dos meses.

Murió en accidente aéreo en Assam.

Wolff, Karl

General de las SS alemán (1900)

Nada más entrar en las filas del partido nazi, Wolf destacó pronto como uno de los principales colaboradores de Himmler.

En 1943 organizó el traslado de judíos de Rusia al campo de exterminio de Treblinka. Fue enviado por Himmler a Italia, después del armisticio el 8 de septiembre de 1943, primero como comandante general de las SS y luego como plenipotenciario militar de las zonas ocupadas.

Mantuvo relaciones con la República Social Italiana y fue confidente de Mussolini.

En los últimos meses del conflicto mundial intervino en los contactos con los aliados. Tuvo audiencias con Pío XII y con Allen Dulles, jefe de la OSS Aliada en Suiza.

Dichas negociaciones llevaron a la rendición de las tropas alemanas en Italia el 2 de mayo de 1945.

Y

Yamamoto, Isoroku

Almirante japonés (1884-1943)

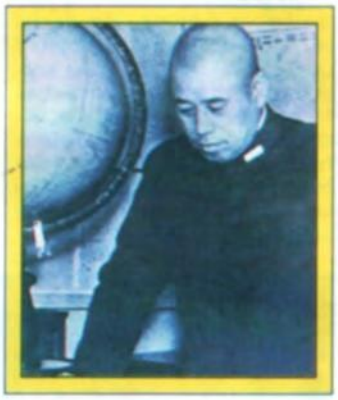
Yamamoto participó en las Conferencias navales que se celebraron en Londres en 1929 y 1934, como agregado naval en los Estados Unidos. Nombrado, dos años más tarde, viceministro de la Marina, fue ascendido, al empezar la II Guerra Mundial, a comandante en jefe de la Flota de Combate japonesa, llamada «Flota Combinada».

Después de lograr firmar un pacto de no agresión con los soviéticos, los japoneses se volvieron decididamente contra los norteamericanos. Yamamoto fue el encargado de elaborar y realizar el golpe contra Pearl Harbour. El 3 de noviembre de 1941, su plan fue aprobado por el jefe de Estado Mayor de la Marina y por el Consejo de Guerra.

Fue quien dio la orden de ataque y el primero que se dio cuenta de que el fallido hundimiento de los portaaviones norteamericanos había reducido considerablemente el resultado del ataque.

En 1942 ordenó el ataque para la conquista de Midway previendo que los estadounidenses se defenderían con los portaaviones, de modo que fuese posible hundirlos.

En el curso de la batalla de las islas Salomón, en 1943,



los norteamericanos lograron derribar su avión, y su desaparición en pleno cielo pareció anunciar un cambio de rumbo total en la evolución de la guerra.

Yamashita, Tomoyuki

General japonés (1885-1946)

Yamashita fue destinado a Alemania en 1940 como inspector general de las Fuerzas Aéreas del Ejército Imperial.

Fue conocido con el nombre del «tigre de Malaya» por su dramática captura de Malaya y Singapur. Tras estas victorias, Tojo le designó al mando del Primer Grupo de Ejércitos en Manchuria, con el fin de entrenar a los soldados.

Después de la caída de Tojo, en abril de 1944, fue nombrado comandante del XIV Ejército, destinado a la defensa de las Filipinas. Cuando los norteamericanos invadieron Luzón, en enero de 1945, intentó organizar un contraataque. Dejó Manila a

los estadounidenses, pero Iwabuchi desobedeció sus órdenes y defendió la ciudad. Yamashita continuó sus operaciones hasta la rendición japonesa.

Terminado el conflicto fue arrestado, tratado como criminal de guerra y ejecutado en febrero de 1946.

Yeo-Thomas, Edward

Comandante de Ala de la Francia libre (1902-1964)

Yeo-Tomas fue destinado a diversas misiones durante la II Guerra Mundial por el Ejecutivo de Operaciones Especiales, en Francia.

Su primera misión la realizó en febrero de 1943, cuando fue trasladado a Normandía para organizar un «Maquis». A finales de año fue encargado, junto a Pierre Brossolette, de examinar la seguridad de la red interna en París. Tuvo que contactar con agentes de toda la zona, siendo arrestado seis veces, logrando siempre escapar.

Su tercera misión era liberar a Brossolette, que se encontraba en prisión. Sin embargo, esta vez, sorprendido por la Gestapo, fue trasladado al campo de concentración de Buchenwald, donde asumió la identidad de un oficial de la Fuerza Aérea francesa, que había muerto de tifus poco tiempo antes.

Aunque logró escapar, volvió a ser capturado, hasta que finalmente alcanzó las líneas aliadas en abril de 1945.

Zhukov, Gueorgui

Mariscal soviético (1895-1974)

En 1938, el general Zhukov llegó a ser jefe de todas las fuerzas armadas de Bielorrusia y tres años más tarde, en 1941, cuando los alemanes comenzaron la «Operación Barbarroja», fue designado jefe del Estado Mayor General. Durante todo el verano los alemanes fueron de victoria en victoria, avanzando en Ucrania, en dirección a Moscú, hacia el Volga y hacia Leningrado.

Fue un hábil reorganizador de sus tropas, consiguiendo su primer éxito en Esmolensko, donde los alemanes perdieron decenas de miles de hombres y la ocasión de llegar a Moscú antes del invierno.

En 1942 sustituyó a Timoshenko en la defensa de Moscú. Aquí el joven general también tuvo éxito, pero la salvación de Moscú sólo mejoró un poco la dramática situación en que se encontraba la Unión Soviética a comienzos de 1942.

El mismo año fue llamado por Stalin al sector de Stalingrado. Recién ascendido a mariscal, fue protagonista de la acción que trastocó la marcha de la contienda de Kursk, Orel y Jarkov. Sólo en la acción de Kursk, los alemanes perdieron miles de carros y medio millón de hombres.

Entre 1944 y 1945 dirigió el ataque final contra el III Reich y conquistó Berlín, siendo proclamado «Héroe de la Unión Soviética».

Zhukov, arriba, en su despacho; sobre estas líneas, con su hija María, y a la derecha, con ésta y su esposa Galina

Yeremenko, Andrey

Mariscal soviético (1892-1970)

En agosto de 1941, Yeremenko fue nombrado comandante del Frente de Bryansk. Gravemente herido durante esta campaña, estuvo fuera de servicio por un año.

En verano de 1942 y con el cargo de comandante del Frente del Sudeste participó en el círculo de operaciones en Stalingrado. Fue a su vez el responsable de parar el avance del VI Ejército alemán.

Al año siguiente estuvo envuelto en el avance hacia Smolensk y fue luego designado comandante del Frente Marítimo Independiente, destinado a terminar con las fuerzas alemanas y rumanas que se encontraban en el lugar. Yeremenko y Tolbujin lanzaron una fuerte ofensiva, y el 17 de abril de 1944 capturaron a más de 67.000 hombres. En mayo los alemanes se rindieron.

El mismo año tomó el mando del II Frente del Báltico, capturando Dvinsk y uniéndose a una ofensiva contra el Grupo de Ejércitos del Norte alemán. Finalmente fue asignado al Frente de los Cárpatos hasta 1946.

Z

Zaitzler, Kurt

General alemán (1895)

En 1940, Zaitzler participó en la campaña de Francia con el Ejército «Panzer» de Kleist. En septiembre de 1942 sustituyó a Halder en el cargo de jefe de Estado Mayor del Ejército. Colaboró en un principio estrechamente con Hitler, al que persuadió del asalto de Stalingrado, con resultados desastrosos.

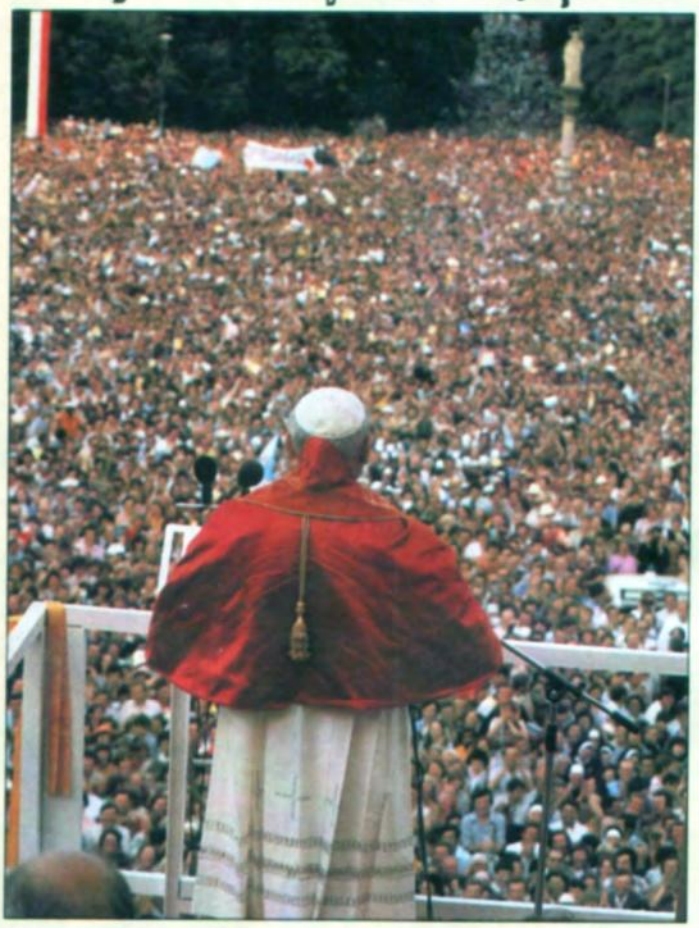
En 1943 lanzó una contraofensiva en Kursk, pero no fue debidamente apoyada por los demás generales alemanes, por lo que se llevó a cabo demasiado tarde, resultando de nuevo un fracaso.

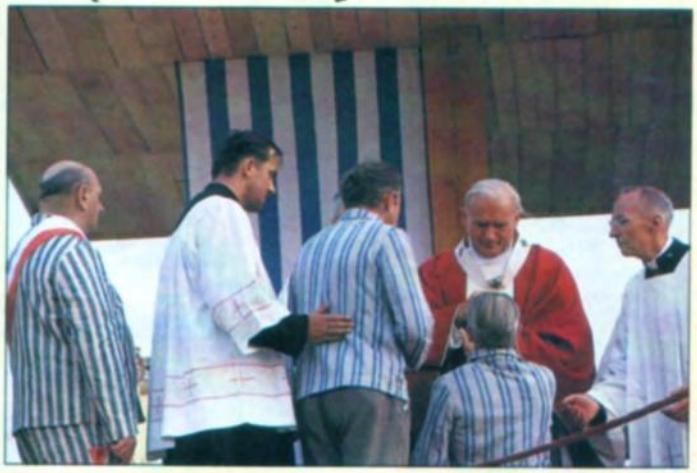
En verano de 1944 aumentaron las discusiones entre Hitler y Zaitzler, por lo que hizo que sucumbiera en un colapso físico y psíquico, siendo sustituido por Guderian.

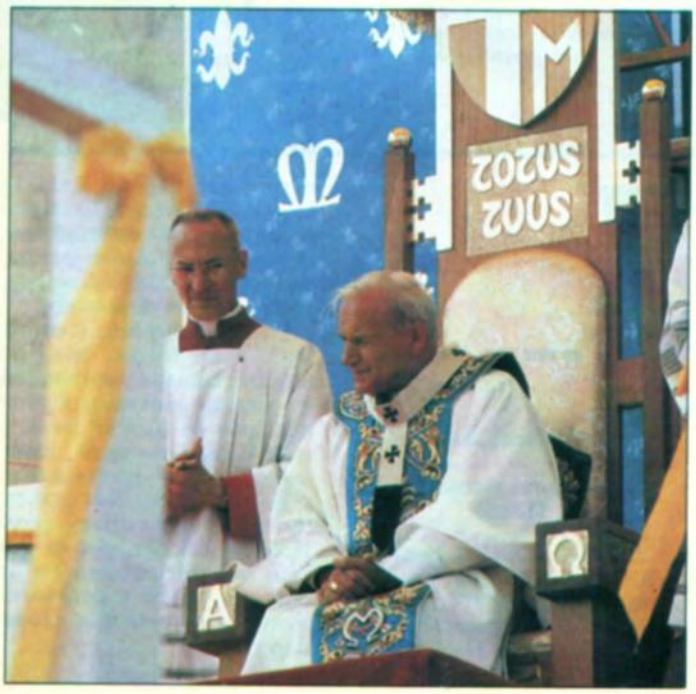
CURIOSIDADES
SECRETOS
INTERROGANTES
SORPRESAS
ANECDOTAS

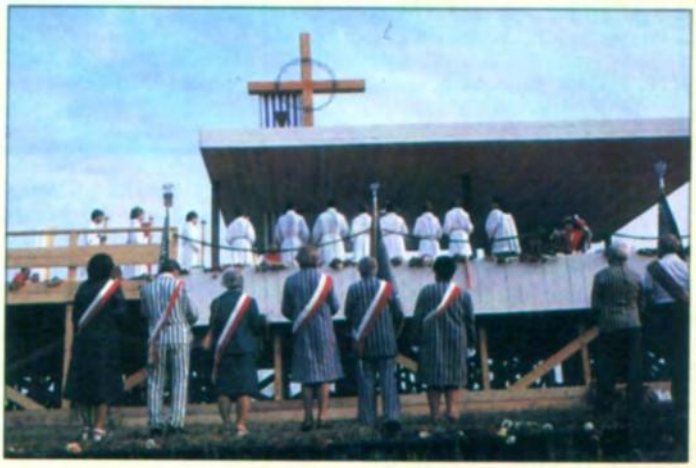
?

Juan Pablo II, en Auschwitz









Durante su viaje pontificio a su tierra natal, Polonia, además de visitar el santuario de la Virgen de Czestochowa, patrona polaca y auténtico centro espiritual del catolicismo de su país, el Papa Juan Pablo II no quiso dejar de rendir homenaje a las víctimas del mayor campo de exterminio instrumentado por el horror nazi, Auschwitz. Millares de familiares y de antiguos «residentes» peregrinaron al escenario de la muerte

Editado por PRENSA ESPAÑOLA, S. A., en colaboración con Europa Press Reportajes – D. L. M. 1463-1989